

11° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 06.09.2013

El Domingo fuimos casi todos a la Plaza San Pedro para asistir al *Angelus* del Papa Francisco, y escuchamos su sentida llamada a orar y trabajar por la paz, amenazada gravemente por la crisis de Siria. Mañana estamos llamados por el Santo Padre a vivir un día de ayuno y oración por la paz y, dado que estamos en Roma, participaremos en la Vigilia de oración convocada por el Papa en la Plaza de San Pedro.

Por esto, he pensado dedicar los Capítulos de hoy y de mañana a este momento dramático que vivimos y al tema de la paz, porque no tiene sentido hacer un Curso de Formación Monástica abstrayéndolo del drama de la humanidad y del deber urgente de toda la Iglesia de ser constructores de paz en el mundo.

Por otra parte, no nos salimos del tema que estamos profundizando, incluso anticiparé algunos puntos que habría tratado posteriormente, porque, es evidente que el monje humilde, si debe irradiar algo esencial de la obra de Dios es precisamente la paz. Porque la paz es una forma de relación entre los seres humanos que solo Dios puede hacer posible, que para nosotros, pecadores, solo puede brotar de Dios, de una redención obrada por Dios, porque la paz es una relación “inocente”, en el sentido literal de la palabra latina “*innocens*”, que quiere decir: que no daña, que no hace el mal a otro. En la secuencia de Pascua, *Victimae paschali*, hay una frase muy intensa: “*Christus innocens Patri reconciliavit peccatores* – Cristo inocente ha reconciliado a los pecadores con el Padre”. Es la inocencia de Cristo, es Cristo que no daña, el Señor de la paz, que nos reconcilia con el Padre, nos redime, y así nos hace inocentes como Él, redimidos del mal, y, por lo tanto, capaces de relaciones de paz. “¡La paz esté con vosotros!”, dice el Resucitado cuando se aparece a los discípulos (Jn 20,19.21.26).

Ayer os cité una bellísima frase de la encíclica *Lumen fidei*, concerniente al bautismo: “La acción de Cristo nos toca en nuestra realidad personal, transformándonos radicalmente, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, partícipes de su naturaleza divina; modifica así todas nuestras relaciones, nuestra forma de estar en el mundo y en el cosmos, abriéndolas a su misma vida de comunión” (n. 42).

Para nosotros, para todos los cristianos, el trabajo por la paz no significa simplemente una militancia por un valor social importante: es un trabajo que nos compromete a expresar lo que somos en la naturaleza nueva de nosotros mismos que Cristo realiza en nosotros, muriendo y resucitando, y dándonos sacramentalmente el ser transformados totalmente, ontológicamente, por el misterio pascual. Jesús, en el bautismo, y en todos los sacramentos, “nos toca en nuestra realidad personal” y nos transforma “radicalmente” en hijos de Dios. Dios transforma nuestra relación con él, haciéndola filial, identificándola con la relación de Cristo con el Padre en el Espíritu, y esto nos hace sujetos de relaciones nuevas, transformadas, con cada ser humano. Esta obra transformante de Cristo “modifica así todas nuestras relaciones”, lo que quiere decir que todos los hombres se convierten para nosotros en hermanos y hermanas.

Pero, por el bautismo, por la identidad sacramentalmente cristiana de nuestro ser, debe nacer la vida nueva, la vida que corresponde a esta naturaleza nueva de nosotros mismos, a esta naturaleza de gracia de nosotros mismos. Nuestra libertad está llamada a decir sí a lo que somos por Cristo y en Cristo, a lo que somos en la relación filial con el Padre, que Cristo nos da, a lo que somos en el don del Espíritu que habita en nosotros, que gime en nosotros, que ora y ama en nosotros, incluso dentro del camino de la vida y a través de todas nuestras y demás fragilidades.

Por lo tanto, hablar de paz quiere decir tomar conciencia de nuestra responsabilidad fraternal hacia cada hombre de la tierra. Cristo nos ha hecho hermanos y hermanas de todos, ha hecho de la humanidad una sola familia. Pero es como si esta fraternidad debiera siempre comenzar y recomenzar de nosotros que, en Cristo, somos indignamente la primicia de la fraternidad humana. Una relación fraterna emerge si uno comienza a vivir y ofrecer una fraternidad, y esto abre este espacio al otro, de modo que la relación fraterna se convierta en recíproca. Pero aquel que ha tomado la iniciativa de la fraternidad de toda la humanidad es Dios, es el Padre que nos ofrece una relación filial con Él en Cristo, que se ha hecho nuestro hermano. Es el gran mensaje del capítulo 15 de san Juan: “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. (...) Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado.” (Jn 15,9-12)

Estamos llamados a corresponder a un amor que del Padre nos viene por el Hijo, pero esta correspondencia, este permanecer en el amor infinito de Dios, Jesús nos pide vivirlo a través de las relaciones entre nosotros, amándonos como él nos ama. Es en las relaciones fraternas donde decimos sí al amor de Dios por nosotros, y donde aceptamos convertirnos en hijos del Padre. Así, Jesús nos llama a abarcar idealmente toda la humanidad en la transformación filial de nuestra vida operada por el bautismo.

En momentos en los que el odio y la muerte parecen contradecir radicalmente el acontecimiento de Cristo como he apenas descrito, en momentos en los que en las relaciones, cercanas o lejanas, parece irreal que Dios pueda transformar el mundo en una sola familia, la llamada de la Iglesia nos despierta a una responsabilidad hacia lo que somos en Cristo y para el mundo: hermanos llamados a convocar a todo ser humano a la gracia de la vida filial que el Padre nos da gratuitamente. Esto significa para nosotros, ante todo, aceptar la conversión que el Padre nos pide: la conversión a la fraternidad en Cristo que el amor del Padre hace siempre posible anticipándonos en amarnos y perdonarnos: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: pero era necesario hacer una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado.” (Lc 15,31-32)

El domingo, el Papa iniciaba el Ángelus con estas palabras: “Hoy, queridos hermanos y hermanas, quisiera hacerme intérprete del grito que, con creciente angustia, se levanta en todas las partes de la tierra, en todos los pueblos, en cada corazón, en la

única gran familia que es la humanidad: ¡el grito de la paz! Es el grito que dice con fuerza: Queremos un mundo de paz, queremos ser hombres y mujeres de paz, queremos que en nuestra sociedad, desgarrada por divisiones y conflictos, estalle la paz; ¡nunca más la guerra! La paz es un don demasiado precioso, que tiene que ser promovido y tutelado.”

Esta “única gran familia que es la humanidad” puede encontrar la paz entablando las relaciones de paz. El Papa añadía: “Con todas mis fuerzas, pido a las partes en conflicto que escuchen la voz de su conciencia, que no se cierren en sus propios intereses, sino que vean al otro como a un hermano y que emprendan con valentía y decisión el camino del encuentro y de la negociación, superando la ciega confrontación.”

La paz nace y renace de las relaciones renovadas, del renovar el encuentro, de las relaciones entre las personas, como, precisamente, el padre de la parábola del hijo pródigo hace todo lo posible para restablecer el encuentro y la relación fraterna entre los dos hijos, más allá del instinto divisorio de los celos, del egoísmo, de la sed de poder y de prevalencia.

Añadía aún el Papa en el Ángelus: “¿Qué podemos hacer nosotros por la paz en el mundo? Como decía el Papa Juan XXIII, a todos corresponde la tarea de establecer un nuevo sistema de relaciones de convivencia basadas en la justicia y en el amor (...).

Lo repito alto y fuerte: no es la cultura de la confrontación, la cultura del conflicto, la que construye la convivencia en los pueblos y entre los pueblos, sino ésta: la cultura del encuentro, la cultura del diálogo; éste es el único camino para la paz. (...)

Pidamos a María que nos ayude a responder a la violencia, al conflicto y a la guerra, con la fuerza del diálogo, de la reconciliación y del amor. Ella es Madre. Que Ella nos ayude a encontrar la paz. Todos nosotros somos sus hijos. Ayúdanos, María, a superar este difícil momento y a comprometernos, todos los días y en todos los ambientes, en la construcción de una auténtica cultura del encuentro y de la paz. María, Reina de la Paz, ruega por nosotros.”

Esto es verdaderamente el punto crucial de nuestro trabajo por la paz: dar nuestra vida para vivir y construir relaciones humanas animadas por la comunión fraterna que Cristo nos da y nos pide. Es un trabajo que parte de la oración, porque humanamente no somos capaces de hacerlo. ¡No somos *inocentes* en los conflictos del mundo! La Iglesia, como misterio de comunión entre los hombres en Cristo, nace y renace continuamente de la oración del Cenáculo de Pentecostés, con María, con los Apóstoles. Solo se comienza a estar “unidos en la oración” (Hch 1,14), si se recibe del Espíritu Santo la gracia de ser “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32). Y esto es la paz, la cultura de la paz que cada uno de nosotros puede y debe construir con su vida.

Mañana pediremos más directamente a la Regla de san Benito que nos ayude a entender esta tarea a la que el Papa nos está llamando con urgencia por la humanidad entera.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist